



## CLAROR DE LUNA

El padre Marignan hacía honor á su nombre. Era un sacerdote larguirucho y fanático; un espíritu exaltado, pero razonable. Tenía bien arraigadas sus creencias, imaginando sinceramente conocer á Dios, penetrar sus designios, sus voluntades y sus intenciones.

En su casita de párroco rural, midiendo á trancos el pasillo, á veces una pregunta surgía de pronto en su imaginación: «¿Por qué hizo eso Dios?» Y obstinadamente, investigando como si juzgase con las propias intenciones de Dios, encontraba casi siempre una respuesta satisfactoria. No se le hu-

biera ocurrido murmurar en un arrebato de piadosa humildad: «¡Señor, Vuestros designios son impene- trables!», y se decía: «Soy ministro del Señor, y como tal, debo conocer el móvil de sus acciones ó adivinarlo cuando no pueda conocerlo.»

Le parecía creado todo en la Naturaleza con ad- mirable y absoluta lógica. Ninguna interrogación quedaba sin respuesta. ¿Para qué se crearon las au- roras? Para que alegren el despertar. ¿Y los días? Para que maduren las cosechas. ¿Y las lluvias? Para regarlas. ¿Y el anochecer? Para prepararse al sueño. ¿Y la obscuridad nocturna? Para dormir.

Según él, respondían perfectamente las cuatro es- taciones á todas las necesidades agrícolas; y nunca hubiera sospechado siquiera que la Naturaleza es indiferente, que nada se propone, y que todo lo que vive doblégase á las rigurosas condiciones de las épocas, de los climas y de la materia.

Sentía odio hacia la mujer; la odiaba inconscien- temente y la despreciaba por instinto; repitiendo con frecuencia la frase del Señor: «Mujer, ¿qué hay de común entre nosotros?», añadía: «Parece que Dios tampoco estaba satisfecho de aquella obra suya.» Para el padre Marignan era la mujer la cria- tura doce veces impura de que habla el poeta; era la tentación que arrastró al primer hombre y pro-

seguía condenando á los demás; era débil, funesta, misteriosamente perturbadora; y más aún que su carne provocativa, odiaba su alma enamorada.

Con frecuencia sintióse amenazado por la ternu- ra femenil, y, á pesar de suponerse incommovible y duro, exasperábanle aquellas ansias de amor ince- sante.

Dios—á su juicio—solamente había creado á la mujer para que probara el hombre su virtud lu- chando contra la tentación, y sólo con precauciones recelosas como cuando se teme caer en un cepo, era prudente acercarse á ella. En efecto; la mujer, con los brazos tendidos y la boca entreabierta, es un cepo donde se precipita el hombre.

Mostrábase indulgente con las monjas, cuyos votos las hicieron inofensivas, pero las trataba con brusquedad, creyendo siempre viva—dentro del corazón aprisionado y humillado—la ternura ince- sante que ansiaba envolverle sin respetar ni el san- to sacerdocio.

La sentía en sus miradas, más ardientemente hu- medecidas por la piedad que las miradas de los frailes; en sus éxtasis, exaltados por ansias femeni- les, en su anhelo de amor hacia Cristo, que le in- dignaba, juzgándolo amor de mujer, amor carnal; sentíala en la dulzura maldita, en la docilidad, en

la modestia de las palabras, en los ojos velados, en las humildes lágrimas que desprendía con su rudeza.

Y al salir del convento, en la puerta sacudíase la sotana y se alejaba con prisa como quien huye de un peligro.

Puso empeño muy obstinado en que fuera Hermana de la Caridad una sobrina suya, que vivía con su madre junto á la casa rectoral.

La moza era bonita, burlona y alegre. Reía cuando el sacerdote la sermoneaba; y cuando se disgustaba con ella, ella le besaba con vehemencia, oprimiéndole contra su pecho, mientras él procuraba, sin darse cuenta, sustraerse á la caricia que le permitía saborear una dulzura, despertando en su alma la sensación de paternidad que dormita en todos los hombres.

Con frecuencia el sacerdote le hablaba de Dios, de su Dios, paseando con ella por los atajos campesinos. La muchacha le atendía poco, mirando al cielo unas veces y otras á la tierra, como si compartiese con las hierbas, con las flores, la dicha de vivir que resplandecía en sus ojos. De cuando en cuando corría para dar alcance á un bicho volador, y exclamaba después de cogerle: «Mira, tío, mira qué precioso es: me dan tentaciones de besarle». Y

ese deseo de acariciarlo todo, bichos y flores, inquietaba, irritaba, indignaba mucho al sacerdote, que descubría en aquel detalle la indestructible ternura que germina en el corazón de las mujeres.

Y ocurrió un día que la mujer del sacristán, encargada por el señor cura del servicio doméstico de su casa, enteróle misteriosamente de que, por las noches, hablaba con un hombre la sobrina.

El sacerdote sintióse de pronto muy emocionado, y se quedó inmóvil, ahogándose, con la cara llena de jabón y la navaja de afeitar en la mano.

Quando se repuso y reflexionó, dijo:

—No es verdad, Melania; ¡miente usted!

Pero la campesina, con la mano sobre su corazón, juraba:

—Que Nuestro Señor me condene si miento. Re-



pito que habla con él todas las noches en cuanto se acuesta su madre. Pasean por la orilla del río. De diez á doce podrá verlos.

Dejó de rascarse la barba; iba y venía bruscamente, dando paseos por su cuarto como acostumbraba en sus horas de grave meditación. Luego, al afeitarse por fin, cortóse tres veces desde la nariz á la oreja.

Todo el día estuvo silencioso, inflado por su cólera y su indignación. A su ira de sacerdote, ante las invencibles ansias de amor, se unía el disgusto de padre moral, de tutor, de consejero engañado, estafado, burlado por una muchacha, el sofoco egoísta de los padres, á quienes anuncia una hija que tiene ya hecha la elección de marido, sin consultársela ó contra su consejo.

Después de la comida quiso leer un rato, pero no lo pudo conseguir; exasperábase más y más. A las diez cogió el cayado, un formidable cayado de encina que siempre le acompañaba en sus paseos nocturnos hacia las casas de los enfermos. Y, sonriente, lo contempló haciéndolo girar entre sus dedos robustos de campesino, con molinetes amenazadores. Irguióse; castañeteaban sus dientes, y largó un estacazo á una silla, cuyo respaldo cayó deshecho al suelo.

Abrió la puerta para salir, pero se detuvo en el umbral, sorprendido por el espléndido claror de luna; jamás la vió lucir de tal modo.

Y como era su carácter propenso á exaltaciones, un carácter análogo al que debieron tener los Padres de la Iglesia—poetas soñadores—, sintióse de momento distraído, emocionado por la grandiosa y serena hermosura de la pálida noche.

En su jardín, bañado por suave claridad, los árboles frutales, alineados, proyectaban en los paseos la sombra de sus ramas frágiles, apenas revestidas por las nacientes hojas, mientras que la tupida madre selva trepaba por el muro de la casa, exhalando perfumes deliciosos y como azucarados, haciendo flotar en el aire tibio y transparente de la noche una especie de alma de aroma.

Respiró ampliamente, bebió el aire, como los borrachos beben el vino, y avanzó á pasos lentos, encantado, maravillado, sin pensar apenas en la sobrina.

En cuanto se halló en plena campiña detúvose para contemplar la llanura inundada por acariciadora claridad, sumergida en el suave y melancólico encanto de las noches serenas. A cada punto los sapos repetían su nota breve y chirriante, y lejanos ruisñores lanzaban su música desgranada,

que hace delirar sin hacer discurrir, su música ligera y vibrante como un murmullo de besos.

El sacerdote avanzaba, languideciendo sin explicarse por qué. Sentíase débil, extenuado; sentía intenciones de sentarse, de permanecer quieto allí; de contemplar, de admirar á Dios en su obra.

En lontananza, siguiendo las ondulaciones del río, serpenteaba una fila de álamos. Una sutil y blanca niebla que los rayos de la luna plateaban y brillantaban, flotante sobre las aguas del río, cubría el cauce tortuoso con una especie de borra ligera y transparente.

El sacerdote se detuvo, penetrado hasta lo más íntimo, por una ternura creciente, irresistible.

Y una duda, una inquietud vaga le invadió, sintiendo alzarse una de las preguntas que se hacía con frecuencia:

¿Para qué había hecho Dios aquello? Estando consagrada la noche á dormir, al descanso, al olvido de todo, á la inconsciencia, ¿por qué hay noches más agradables que los días, más dulces que los crepúsculos? ¿Por qué brilla en la noche un astro seductor y tranquilo, más poético y apacible que un sol esplendoroso y que parece destinado á iluminar delicadezas y misterios que no resisten la intensa claridad y se ofrecen á una luz difusa?

¿Por qué de noche vela el más hábil de los pájaros cantores, lanzando sus trinos en la penumbra turbadora?

¿Por qué se transparenta el velo que cubre al mundo? ¿Por qué se agita el corazón estfemecido, el alma se emociona y la carne languidece?

¿Por qué derrama la noche sobre la tierra tantos atractivos que los mortales no advierten, dominados á esas horas por el sueño? ¿A quién está destinado aquel espectáculo sublime?

Y el sacerdote no hallaba respuesta.

Pero de pronto vió aparecer al extremo de la pradera, bajo las copas de los árboles empapadas en la bruma luminosa, dos contornos vagos que avanzaban unidos.

El hombre, mucho más alto, se apoyaba en el cuello de su amiga, y de vez en cuando la besaba en la frente. Animaron con su presencia el inmóvil paisaje, que los envolvía como un cuadro divino hecho expresamente para sus amores. Confundíanse los dos en un ser único: el ser á quien estaba destinada la noche tranquila y silenciosa; y se aproximaban al sacerdote como una respuesta viva, la respuesta que lanzaba el Señor á su pregunta.

Se detuvo, con el corazón palpitante, desconcertado, creyendo presenciar una escena bíblica, unos



amores como los de Ruth y de Booz, realizados para satisfacer la Divina Voluntad, en un pasaje como los que describe la Historia Sagrada. Zumbaban en su cabeza los versículos del Cantar de los Cantares, los gritos apasionados, las instigaciones de la carne, toda la poesía fascinadora y ardiente de aquel poema encendido por la ternura.

Y pensó: «Es creíble que Dios haya creado esas noches de luna para revestir los amores humanos con un velo de ideal».

Ocultóse para no entorpecer el camino de la pareja enlazada. Reconociendo á su sobrina, se contuvo, temeroso de contradecir los designios de Dios. ¿No protegía Dios aquellos amores, cuando los rodeaba de tanto esplendor?

Y huyó, frenético y casi avergonzado, como si hubiese invadido un templo donde no debiera entrar.